



Capítulo 26



ARGUEDAS:

LA DINÁMICA DE LOS ENCUENTROS CULTURALES

TOMO I

Arguedas: la dinámica de los encuentros culturales. Tomo I
Cecilia Esparza, Miguel Giusti, Gabriela Núñez,
Carmen María Pinilla, Gonzalo Portocarrero, Cecilia Rivera,
Eileen Rizo-Patrón, Carla Sagástegui, editores

© Cecilia Esparza, Miguel Giusti, Gabriela Núñez,
Carmen María Pinilla, Gonzalo Portocarrero, Cecilia Rivera,
Eileen Rizo-Patrón, Carla Sagástegui, editores, 2013

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2013

Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Concepto gráfico: Lala Rebaza

Diseño de interiores: Mónica Ávila Paulette

Carátula en base al afiche *Arguedas: la dinámica de los encuentros culturales*

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:

Fondo Editorial PUCP

Primera edición: abril de 2013

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-612-4146-32-9

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2013-05741

Registro de Proyecto Editorial: 31501361300212

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

Arguedas: los veranos de Supe

JUAN LUIS DAMMERT



Los encontré en las *Obras completas* de 1983. Había oído hablar de ellos pero nunca los llegué a leer. También tenía noticia bibliográfica de que aparecieron, primero, en la revista *Marcha* y en *Cuadernos Semestrales del Cuento*, como avances de una anunciada próxima novela de José María Arguedas. Los cuentos «Mar de Harina» y «Tres del Puerto» (título cambiado luego por «El Pelón») aparecieron como fragmentos, piezas sueltas que no llegaron a encajar en la novela póstuma *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, decía la edición de 1983.

Estos capítulos, en realidad, eran parte de otro proyecto novelístico distinto, que pretendía recoger historias y personajes de la costa basados, sobre todo, en los largos veranos que José María Arguedas pasó en el puerto de Supe entre 1943 y 1965. En diversas cartas de la década de 1960 el escritor habla de querer escribir una nueva novela, la cual va cambiando de nombre a medida que avanza la escritura: pasa de ser «Jonás», «El pez grande», «Harina mundo» a «Mar de harina» y, por último, es abandonada como proyecto. Entre 1965 y 1968, después de *Todas las sangres* (1964), Arguedas da diversas entrevistas periodísticas sobre el nuevo libro que está

preparando, que trata de «la transformación del puerto de Supe», lugar que conocía muy bien y donde tenía varios amigos.

Cuando leí esos dos capítulos, pude reconocer a los personajes, el espacio local y el contexto. Se trataba de personas y ambientes reales, que yo había visto de niño, ya que mi familia vivió en Supe Puerto por esos años y conozco la región. En esta oportunidad voy a mostrar datos y referencias que dan luces sobre la construcción de estos textos que quedaron sueltos, y sobre sus personajes. Me baso en fuentes orales, en entrevistas y en cartas y declaraciones del propio Arguedas.

José María Arguedas anuncia, en marzo de 1965, en una entrevista periodística, que se encuentra trabajando en una nueva novela sobre la costa:

Inicié la redacción de una novela, *Harina Mundo*, sobre la transformación del puerto de Supe, donde pasé mis vacaciones durante 22 años. Cuando llegué a Supe no existían allí sino botes a vela; el alquiler de una casa costaba entre 10 y 20 soles mensuales; de pronto se convirtió en un puerto industrial con una población cosmopolita. El paraíso de la paz se convierte en el «paraíso» de la industria. Una habitación de quincha, sin luz y sin agua, llegó a costar hacia 1960, quinientos soles. Desaparecieron o fueron semiborrados nuestros venerables amigos del puerto. Conocía a cada vecino, y entre ellos encontré personajes maravillosos, plenos de misterio y de testimonios sobre nuestra sociedad de la costa. Ahora Supe es un hervidero pestilente y poderoso. Vi morir al viejo japonés Ogata, que durante cincuenta años fue el basurero del puerto y era casi mudo; el «terrestre» (estibador) J.B. que vivía en un hoyo con sus hijos en una especie de cueva, caminó bajo el gran sol de verano delante del féretro con una gran flor de magnolia en la mano. J.B. parecía un hombre idiotizado por el alcohol, pero en aquella tarde del sepelio de Ogata marchó muy triste. El rojo crepúsculo lloraba también en la flor que llevaba en las manos. ¿Por qué si Ogata no hablaba ni bebía y tenía un cuartucho entre el osario de los cementerios antiguos?

Luego vinieron hombres de todas clases. Don Moisés se murió a poco de la invasión; era un negro gigante, sensual, procaz y cuya voz de bajo se oía casi a dos cuadras. Llegó a ser don Moisés lo que ahora suelen llamar un líder social, un foco alrededor del cual giraba mucho de la vida del puerto. Llegué a ser amigo, muy amigo de esos hombres. Luego vino la crisis industrial y los pescadores «millonarios» malbaratearon las caras cosas que habían adquirido de adorno...hasta que de pronto volvió el negocio. Y ellos y la población tradicional que ahora gira también alrededor de la fábrica se quedaron entre estupefactos y atacados por indefinidas sospechas (Arguedas, 1965b, p. 12).



Arguedas en Puerto Supe

Hacia diciembre de 1965, Tomás Escajadillo lo entrevista en *Cultura y Pueblo*:

Harina Mundo es la narración de cómo un pequeño puerto de nuestra costa, Supe, se transformó en un gran centro productor de harina de pescado. Para esta novela casi no he tenido que crear personajes. Me los ha dado la vida. Los conozco a todos. Desde 1943 acostumbraba a pasar las vacaciones de verano en Supe, entonces una apacible caleta de pescadores. Todos los botes eran a vela; no había una sola lancha a motor. Alrededor de 1958 se instalaron dos fábricas de envase de atún. Hoy día hay decenas de fábricas de harina de pescado. Todo ha cambiado enormemente. La vida es carísima...yo quiero reflejar este enorme cambio en mi novela. Y mostrar quiénes y cómo se han beneficiado o perjudicado con esta fabulosa industria. El Perú es en el mundo el primer país en la industria pesquera, superando varios años seguidos al Japón. ¿Qué ha pasado con los hombres que han hecho posible, con su trabajo, este millonario «record»? (p. 23).

En 1990 aparece el texto de Sybila Arredondo, viuda de Arguedas, que incluye la correspondencia de aquellos años en torno a la escritura de *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. Las cartas que citamos a continuación provienen de esa fuente.

Arguedas, en julio de 1966, asegura a Carlos Barral que ya tiene tres capítulos terminados de la nueva novela y que el título es provisional:

Hace dos años empecé a escribir una novela sobre el tema de los pescadores de anchoveta y la verdadera revolución que ha causado en la costa peruana la industria de la harina de pescado. Yo solía pasar el verano en un pequeño puerto semiabandonado que está a 170 kilómetros de Lima; se llama Supe. Fui allí por primera vez en 1943. No existía en el puerto un solo bote a motor. Había sido un importante puerto de embarque de azúcar. Pero la gran hacienda San Nicolás que está a pocos kms. del puerto quebró después de la primera guerra mundial y vendió su refinería como fierro viejo al Japón. Desde entonces Supe se convirtió en una caleta de pescadores de corvina y de embarque de guano. Tenía una maravillosa playa y cuando llegué, ya solían pasar el verano en ese lugar algunas pocas familias de clase media baja. Alquilé una casa bastante grande en quince soles mensuales (30 pesetas). No dejé de pasar un solo verano hasta el año 1960 en que se instaló la 28 fábrica de harina de pescado y convirtió al puerto en un inmenso surtidor de humo pestilente y la playa en un fango cargado de gusanos nunca vistos. Ya en ese año una sola habitación, sin luz y con piso de barro, costaba 400 soles (800 pesetas). Fui testigo de la transformación del puerto y de sus gentes. De cómo esta silenciosa y paradisíaca caleta se convirtió en una especie de urbe entremezclada de negros, cholos, indios monolingües quechuas, chinos e injertos, prostitutas, ladrones y de empresarios sin entrañas. Varios omnibuses venían de Lima los sábados cargados de ramerías y se volvían el lunes cargados de oro. El mecanismo o los métodos inventados para que esta gente informe que constituyen los pescadores permanezca siempre pobre a pesar de los increíbles ingresos que obtienen con la pesca es algo superior a las posibilidades de ficción del novelista. Pero en este horno están gentes de las costumbres más diversas: es otra imagen del Perú, en algo semejante a la que he intentado mostrar en *Todas las sangres*, pero más compleja aún, acaso más difícil de narrar. He escrito los tres primeros capítulos. No tengo necesidad casi de inventar personajes para la primera parte. Se trata de la transformación de los pescadores y los pocos y tranquilos trabajadores del puerto, de los pequeños comerciantes ante la avalancha de los pescadores pro... [falta una hoja en el manuscrito original]... La novela sobre el puerto ése y la repentina industria que salvó al Perú y lo convirtió en el primer país del mundo en producción de harina de pescado lleva el título provisional de *Harina mundo* (Arredondo, 1990).

En diciembre del mismo año añade: «es muy posible que dentro de un año tenga el primer borrador de la novela y que en un plazo máximo de dos años se la pueda enviar. Creo haberle encontrado un título: *Pez grande*» (Arredondo, 1990). Escribe a Manuel Jesús Orbegoso, en marzo de 1967:

La novela que pretendo escribir tendrá como ambiente principal la costa, donde he vivido más de treinta años. Su título provisional es *Pez grande*. En el Perú actual, costa y sierra se mezclan, se agitan en un movimiento de atracción y de agresión que solamente el arte puede ser capaz de interpretar. Y el escenario de esa novela es la costa y, en forma más concentrada, los puertos pesqueros. Tuve la fortuna de vivir dieciséis años, durante los veranos en Supe Puerto y ser testigo de su casi indescriptible transformación. En Supe Puerto gané a muchos de los mejores amigos costeños que me iluminaron con su sabiduría, su penetrante humorismo y esa especialísima generosidad del hombre del campo o de los puertos menores de la costa peruana (1990).

Pero, para 1968, ya escribe acerca de la cancelación de su proyecto:

Había empezado a escribir una novela hace tres años, o algo más. La formidable y casi mortal experiencia de mi encuentro con Sybila, el descubrimiento del inenarrable puerto pesquero de Chimbote, el contacto vivo con algunos pueblos de la sierra, hicieron que cancelara el proyecto de esa novela. En «*Marcha*» se publicó el capítulo II. Hace unos dos meses pude lograr, creo, el trazo nuevo definitivo, la concepción general nueva del libro. Entonces le escribí a Losada. Las editoriales Siglo XXI y Seix Barral, de México y Barcelona, respectivamente, me habían ofrecido anticipos por la novela que estaba escribiendo. No acepté ninguna propuesta porque el plan había sido desarmado (1990).

¿Cuál era este plan desarmado? Leyendo los dos capítulos sueltos, podemos encontrar que Arguedas inicia su relato en los tiempos previos al *boom* pesquero, cuando Supe Puerto estaba semiabandonado, a mediados del siglo XX, más o menos el momento en que fue tomada la fotografía que acompaña estas páginas, en la cual se ve al escritor parado sobre la vieja máquina al extremo del muelle. Era el tiempo de las viejas instalaciones, de los depósitos de la Grace, del guano y del salitre, de los botes a vela, los vapores y el transporte, y Supe estaba poblado por descendientes chinos, japoneses y africanos. La llegada de la carretera Panamericana había dejado retrasados al viejo ferrocarril y al muelle. El plan novelesco de Arguedas empezaba en esa aldea preindustrial, con su juez y su boticario, sus habitantes destacados y una pequeña banda de desocupados que da el ambiente del primer relato, «*Mar de harina*».

Cuando leí estos relatos por primera vez, me llamó la atención que el novelista se fijara en personajes que yo recordaba, por su dimensión trágica y social, con nitidez y desde mi infancia. No creí que nadie los recordaría, y menos aún que hallarían refugio en las páginas del andahuaylino. Eran varios borrachitos zarrapastrosos, a los que observé deambular por orillas y cantinas, perdidos en la modernidad. El más extraño de ellos era el que nosotros los niños llamábamos Gringo-alemán-comerrata-con-pan, y que perseguíamos por las calles con salvaje inocencia, gritando su apelativo a voz en cuello. Se decía que comía las gordas ratas del muelle asadas, que dormía en el viejo faro, que bebía ron de quemar. Decían también que se había quedado en el puerto por una pena de amor. Astroso y espeluznante, integraba esta collera de borrachitos con el mentado Revolvito y otros más, que vestían saco y pantalón mugroso, con apariencia de ejecutivos en bancarrota, iguales.

Arguedas los vio también, y seguramente conversó con ellos y los siguió por las cantinitas que había en lo alto del puerto. En «Mar de harina», José María retrata al Gringo Alemán, pero lo bautiza como el Aparecido. Lo recoge en el trayecto de la playa, en harapos y descalzo, arrojando una cuerda al agua, como pretendiendo pescar: «con el cabello rojizo, desigual y largo, algunas hojas de pasto seco en la cabeza, quizás pegadas a los pelos con la grasa de la suciedad». Viene desde los totorales del norte y, al llegar a la entrada del muelle, «los muchachos le arrojaban pequeñas piedras, huesos de pescado y basura, o lo contemplaban, siempre extrañados» (me imagino entre los muchachos extrañados). Le dedica dos páginas enteras a su andar fantasmal, en el que se reúne con sus sedientos socios.

Las voces narradoras de «Mar de harina» se ubican en un determinado lugar: el bar que existía frente a la Plaza del Mercado, en la calle Lima, conducido por Molleda, jubilado de la hacienda San Nicolás, donde se congregan a beber y a comentar la vida local distintos personajes nombrados por sus apelativos: Carnepavo, el Pirata, Patebuzo. Don Moisés, el negro que Arguedas nombra un líder social en la entrevista periodística antes mencionada (1965b, p. 12), dice del Aparecido: «No hay naidies que sepa de dónde habrá venido. Apareció de la cueva. No pesca ni lenguado ni nada. Come viento». Sus oyentes, asiduos del mismo bar, lo equiparan con figuras bíblicas: «Así era San Juan bautizando al Cristo»; y dicen: «en algo se parecía el puerto a la apariencia de ese sonámbulo». Las calles del puerto, cincuenta años atrás, habían sido «hormigueantes campos de actividad comercial»; ahora eran espacios silenciosos de paredes descoloridas.

El comerciante chino Wu Kuang; Ogata, el basurero; y otros personajes locales tomados de la realidad siguen apareciendo en esta conversación de bar. Don Molleda alza la voz: «¡Este puerto era de oro! Yo he llevado los libros de la fábrica. ¡Millones! Millones han pasado por mis manos». Y agrega: «aquí no hemos quedado sino dos campeones: Pelón, el pendejo, el mísero, que hace sal de agua de mar por ahorrativo, y yo ¡maldita sea la carretera!».

«El Pelón» es el título del otro capítulo publicado de la novela porteña. Toma el nombre del comerciante de origen chino que vivía en la frontera del espacio urbano. El texto se inicia con una descripción de las calles de Supe Puerto, que corresponde, aproximadamente, a la extensión tradicional de mediados del siglo XX: la orilla del mar con su muelle, «el jirón comercial» y la calle ancha donde viven (o vivían) los notables, pues, para el tiempo de la narración, las casas estaban cerradas, «derrumbándose» al cuidado de «serranos que habían convertido los patios en gallineros». En la última calle del puerto, en el límite con la pampa donde se acaba la edificación urbana, vive Pelón. Más allá solo hay casas «construidas sin orden alguno» y, luego de eso, lo que los porteños llamaban «el muladar», un basurero y criadero de chanchos.

En el relato, el chino Pelón atraviesa, de arriba a abajo, este espacio social y físico, desde la punta del muelle hasta su tiendita de extramuros, donde, temprano en la mañana, ya lo espera uno de los borrachitos por una mula de trago. Arguedas va señalando quién vive dónde y cuál es su oficio: estibador, artesano, pequeño comerciante, agricultor, ambulante, desconocido.

¿Tendrían algo que decir los pobladores actuales de Supe Puerto frente a estos dos relatos, dos capítulos sueltos, un intento de novela? ¿Recordarían todavía a José María Arguedas —centenario— y a los personajes que recoge en su narración? La oportunidad de averiguarlo se presentó cuando volví a Supe Puerto, en el 2004, con el objetivo de escribir un informe cultural para la redacción del Plan Maestro de Desarrollo de Caral.

En Lima, hablé con Blanca Varela y Fernando de Syszlo para que me contaran acerca de Supe. Varela me proporcionó unas fotografías de su álbum para mostrárselas a los vecinos, en las que aparecen Arguedas y ella misma, allá por 1947. Me contó que había ido a Supe muy joven, a los diecisiete años, y que, algunos años después, había partido hacia Europa. Tenía una gran admiración por Arguedas; incluso me confesó que la escritura de sus primeros poemas y, en general, su vocación literaria,

Blanca Varela en Puerto Supe



se habían afirmado gracias a la amistad que mantuvo con el escritor desde aquellas épocas. Varela recordaba también la profunda impresión que le había causado el cielo nocturno de Puerto Supe, tan claro y tan brillante.

Fernando de Szyszlo recordaba bien la casa. Habló de la foto que se había tomado Arguedas con la máquina del ferrocarril de las haciendas, que llegaba con los embarques hasta la punta del muelle. «A José», me dijo Szyszlo, «le gustaba ponerle nombre a las cosas, y bautizó a esa pequeña locomotora como “la Caballerosita”». Recordaba la casa de veraneo, fresca, los visitantes de la temporada; él mismo había fabricado una rústica silla de madera. Tuvo el proyecto de hacerse una casa en Supe y adquirió un terreno en el cerro, al frente de la casa de la calle Lima. Cuando viajó a Europa, se lo vendió al arquitecto Sarria, quien construyó aquella casa en el cerro que después fue de Mañé Checa, que fue adquirida en los sesentas por Luis Banchemo Rossi y que, finalmente, terminaría en poder de la Marina de Guerra del Perú. Ahora esa casa es el local de la Capitanía de Puerto.

Cuando volví a Supe, busqué a los amigos del pasado (esos con los que perseguíamos al Gringo-alemán-comerrata-con-pan que Aguedas llama el Aparecido) y me encontré con César Cubas, quien, después de pasar muchos años recorriendo medio mundo, se hizo pastor evangélico y regresó a Supe Puerto para construir su iglesia. Los dos organizamos, en el local de la vieja Sociedad de Auxilios Mutuos, un conversatorio sobre estos dos capítulos y la memoria de Arguedas, invitando a los pobladores a participar, repartiendo copias para que pudieran leer los textos. La asistencia fue notable. Proyectamos las fotografías antiguas que proporcionó Blanca Varela y algunas otras, recogidas del baúl general porteño, que nos brindaron los vecinos. Tomadas hacia mediados de la década de 1940, las fotografías del novelista y la poeta despertaron muchas observaciones y comentarios. Al leer los textos de los dos capítulos de «Mar de harina», también surgieron varias apreciaciones.

Gerardo Miguita¹, hijo del viejo Miguita, que empezó con una conocida tienda de abarrotes en el «crucero», fue un personaje mencionado en «El Pelón» y «Mar de harina», y señaló que había conversado con Arguedas sobre los escritos de Supe a principios de la década del sesenta, cuando se vivía el *boom* pesquero. Fue claro en su recuerdo: «Me dijo que ya había escrito algo sobre Puerto Supe, pero nunca llegó a mostrarlo. No dijo que iba a escribir, sino que ya lo tenía escrito».

Otros que no tuvieron tanta cercanía a Arguedas, y que eran muchachos en ese entonces, lo recuerdan con humor. «Le decíamos Chaplin», dijo un hombre de apellido Casas. Al preguntarle si era por los bigotes, me dijo: «no por los bigotes, sino por la manera de caminar, con los pies hacia afuera».

Guillermo (Memo) lo recuerda con claridad pues, siendo muchacho, lo acompañó en diversas actividades. Dice que Arguedas también solía contar algunos cuentos, y que la señora (Bustamante) «tenía la voz ronquita». Lo acompañaba también a las peñas de la playa, temprano en la mañana, para recoger estrellas de mar, caracoles y conchitas, que después pegaban con Alicia Bustamante en las paredes de la casa y «quedaba muy bonito». Me contó:

Arguedas se iba a huaquear, yo me iba a huaquear con él, yo era chiquillo, él era bien callado, no hablaba mucho, contaba cuentos. Donde criaban los chanchos, por ahí, sacábamos bastante huaco, bonitos huacos, del norte, moche, con dibujos

¹ En las obras completas se lee «Migata», pero se trata de un error, pues debe ser «Miguita». Arguedas ha respetado, en su mayoría, los nombres y apelativos originales.

geométricos, don José María hizo una colección. También hemos encontrado huacos negros. Tenía una colección de huacos pornográficos, en su casa, huacos originales, yo recuerdo que, en la sala, hasta ahora hay una ventana que tenía como una profundidad más o menos, y ahí había hecho algo así, ahí colocaba los huacos. Adentro tenía otra colección de huacos, que almacenaba en unos cajones, con separación de pajilla de arroz para que no se rompan. Ese trabajo nos daba a nosotros, teníamos que traer pajilla de arroz, él nos pedía. Después la totora, la totora seca también servía, ahí ponía a secar erizos grandes, caracoles, esta playa botaba buenos caracoles y esos los pegaba así en cemento fresco, lo hacía como su huella ahí, lo dejaba huella. Nosotros generalmente a las seis de la mañana nos íbamos a recoger estrellas y caracoles. Tenía un sobrino que era bien amigo de nosotros, Chito, le decíamos. La señora, media voz ronca tenía ella, Alicia. Esa casa la cerraron cuando él dejó de venir. Esa época comenzó la pesca, todas las playas se ensuciaron, ya no regresó más. Con Celia venía siempre, andaba con alpargatas, pantalón blanco, una camisa suelta, blanca, como guayabera. La casa estuvo varios años cerrada, después lo compraron y lo convirtieron en una cantina. Inclusive por el lado de acá estaba ese empotrado en la pared con lo que yo había hecho, como una repisa, y para el lado de acá también tenía, pero era más largo ya, el que estaba en la sala delante tenía más divisiones era más largo, ahí también ponía sus huacos, aparte de los que tenía guardados, clasificados, huacos pornográficos, el no los exhibía, los tenía guardados. Tejidos. Maíz, la coronta, también tenía unas ollitas con maíz. Te estoy hablando de 1958, hasta el 63, 64 más o menos².

Varios asistentes al conversatorio opinaron y dieron informes sobre los personajes nombrados en los relatos:

- ¿Don Moisés Pastor? Era estibador, un negro grandazo.
- El Pirata es Víctor García, lanchero y carpintero, alias Mugre.
- Patebuzo es Castro.
- Carnepavo era sastre, juez, Tomás Núñez.
- Pibe, el hotelero, es Bazalar.
- Don Fico, el electricista, Collantes, Nicéforo.
- La Rosa Pérez, conocido como el Boticario.
- Café era otro de los borrachitos que andaban con el Gringo; otro era Revolvito, que había sido sastre.
- El chino Pelón tenía un ábaco, sacaba las cuentas con piedras.
- Cuando Pelón salía de su tienda, avanzaba unos metros y daba la vuelta para ver la puerta de su tienda. Daba otros pasos más y repetía lo mismo, la mirada

² Comunicación personal realizada durante el conversatorio.

sobre el hombro, era desconfiado, creía que lo iban a robar. Cuando se puso mal y enfermó, llamaron a Wa Kon, que era su paisano, para que lo llevara al hospital. No quiso, se agarraba del mostrador para que lo sacaran. Pero se lo llevaron al hospital. Ahí murió, en el hospital de Barranca y nadie quería encargarse del cadáver, no había nadie, ningún pariente. Nadie quiso vestir el cadáver, así que se lo dejaron al enfermero. Y cuando el enfermero le sacó la ropa, le encontró todos los billetes amarrados al cuerpo, toda la plata que había juntado la tenía consigo, no quería dejarla, como su tienda, que no podía ir ni a la esquina, de lo desconfiado que era. Y así perdió toda su plata, en manos del enfermero. Dicen que, después de varios años, apareció un hijo de Pelón, que vino de China. Estuvo en Huacho, vio a Wa Kon, pero no recuperó nada³.

Don Moisés; Pibe, el hotelero; Pirata, el carpintero; Carnepavo, el juez; etcétera, son personas reales con las que se puede sostener una conversación. El personaje Bazalar aparecerá después en *Los zorros*. Bazalar criaba chanchos en lo que se llamaba «el muladar», en los extramuros del desierto.

En todo el norte chico hay una gran población descendiente de chinos: en Huacho, Barranca, Supe Pueblo, Supe Puerto, Pativilca. Hacia 1960, los sucesores empobrecidos de los chinos habitaban la calle donde se indica que vivía Pelón, la última calle, que limitaba con la pampa; mientras que los comerciantes chinos acaudalados estaban en la calle Lima (caso de Wu Kuang, que se va del puerto en el relato), lugar en el que vivía el escritor. Arguedas mismo describe esta situación desde uno de los personajes de «Mar de harina»: «Pero ya se acabaron los chinos en el puerto. La carretera los ha llevado a todos a Barranca, a Huacho, a Lima».

Roberto Chang también conoció, en Supe Puerto, a Arguedas, y me explicó los cambios que se realizaron en la producción regional hacia mediados de siglo. El padre de Chang era descendiente chino y adquirió, por el año 1950, una vieja camioneta marca Internacional, con la que transportaba mercaderías desde las haciendas (como San Nicolás), la campiña y los pueblos de los alrededores hacia Supe Puerto:

La carcochita, que yo le puse nombre, se llamó primero Sputnik 3. Era marca Internacional, del año 35, con ella íbamos todas las mañanas a Barranca, entre Barranca y San Nicolás cargábamos abarrotes. Antes venían a comprar al Puerto, los de Barranca, traían sus cosas. Al puerto traían la mercadería. Cuando llega la carretera

³ Esta información, al igual que en el caso anterior, fue recolectada durante el conversatorio.

Panamericana es que ya las cosas entran por carretera y el puerto se aísla, la gente empieza a salir. Todas las tiendas grandes estaban en Supe. Cuando se da la carretera se aísla el puerto. Empieza decaer el negocio⁴.

Por eso, en «Mar de Harina», don Molleda exclama ebrio en el bar: «¡Maldita sea la carretera!». El viejo puerto estaba «semiabandonado» en el relato arguediano, ya se lo dejaba de lado por la nueva ruta de transporte terrestre que, algunos recuerdan, fue inaugurada hacia 1948.

Y el Aparecido, ¿de dónde salió? En «Mar de harina», el narrador dice que nadie sabe de su origen. En la reunión del local de la Sociedad de Auxilios Mutuos, después de haber leído fragmentos de «Mar de Harina» y teniendo frente a mí a decenas de amigables vecinos del puerto, les pregunté: ¿se acuerdan del Gringo-alemán-comerrata-con-pan? Muchos lo recordaron y, al escuchar la descripción que hace Arguedas de él, lo ubicaron con precisión:

—Era un vaporino que se quedó dormido en la playa y el barco lo dejó. Mi padre quiso ayudarlo, y le dio algún trabajo, pero el hombre no lo mantuvo, por su afición a la bebida.

—Cuando mi esposo trabajaba en la Grace, a cargo de los depósitos de guano, le dijo al hombre que podía venir a comer a la casa, porque le dio pena. Pero era un poco malcriado y se ponía a reclamar, le dije a mi esposo y él le dijo que no vuelva más.

—El Gringo trabajó un tiempo en la fábrica de embutidos de Tachino, en Barranca, pero la botella lo ganó.

—Era alemán. Y sí hablaba, se comunicaba, sí podía hablar. Yo he hablado con él. Vino de un pueblo del sur, Cañete, Chincha, por ahí. Cuando vino la guerra, se lo llevaron para allá. Y, años después, cuando regresó a su casa, encontró todo ocupado. Así que se vino al puerto y el hombre se abandonó⁵.

Mis hermanas mayores dicen que, en la casa de Arguedas, las señoras Bustamante regalaban caramelos a los niños. Yo no me acuerdo de eso, era muy chico, pero lo que sí recuerdo claramente a esa edad es que junto a esa casa del 420 de la calle Lima estaba el Cine Estrella, que pasaba películas mexicanas y seriales los fines de semana; alguna vez también alguna con Brigitte Bardot. Al lado de la casa de José María Arguedas quedaba la puerta de ingreso al mundo de las maravillas: el cine. De eso me acuerdo perfectamente.

⁴ Comunicación personal realizada durante el conversatorio.

⁵ Comunicación personal realizada durante el conversatorio.

En resumen, José María Arguedas, en estos dos capítulos que han sobrevivido al «plan» novelístico que el escritor se trazó hacia 1965, intentó componer una suerte de preludio aldeano a la explosión industrial, ubicado en un tiempo detenido, poblado de fantasmas y objetos del pasado. Realizó un primer registro, casi etnográfico, de los pobladores de Supe, pero no pudo continuarlo. Para escribir su vislumbrada novela de la «transformación» industrial tuvo que cambiar no solo de escenario, sino también de manera de escribir.

Bibliografía

- Arguedas, José María (1965a). Entrevista de Tomás Escajadillo. *Cultura y Pueblo*, II, 23.
- Arguedas, José María (1965b). Entrevista de Raúl Vargas. *Expreso*, 12.
- Arguedas, José María (1983). *Obras completas* (tomos I-V). Lima: Horizonte.
- Arredondo de Arguedas, Sybila (1990). El zorro de arriba y el zorro de abajo en la correspondencia de Arguedas. En Eve-Marie Fell (ed.), *El zorro de arriba y el zorro de abajo* (pp. 275-295). Madrid: Colección Archivos.